

Avisos incontenibles
 De sus ignoradas penas . . .
 Lleva en sus hombros su turca,
 Largo baston en la diestra,
 Y así divulga en los indios
 Los tesoros de la ciencia,
 Y las artes, y el cultivo
 De los campos les enseña.
 Él llora con sus dolores,
 Él perdona sus flaquezas,
 Él les enseña á ser hombres
 Cuando les ven como á bestias,
 Y él en su piedad sublime,
 Recogiendo sus miserias,
 Jura que ha de redimirlos
 De su situacion abyecta,
 Y hace surgir todo un pueblo
 Del volcan de sus ideas!!!
 Así, miéntras enseñaba
 Dulce á cultivar la tierra,
 Ya con Allende conspira,
 Con Aldama se concierta,
 Con Abasolo platica
 De la temeraria empresa.
 Oculto fabrica lanzas
 Y para la lid se apresta,
 Y ya inicia, ya disuade,
 Como manda la prudencia.

¿Quereis saber más del hombre
 Que entre las vides pasea?

“Es el pastor de las almas,

“Es el cura de esa tierra,

“Miguel Hidalgo y Costilla,

“Del pueblo escudo y defensa,

“Y á quien llamará la fama

“PADRE DE LA INDEPENDENCIA.”

ROMANCE DEL 15 DE SETIEMBRE.

Golpes suenan en la puerta,
En la puerta del Curato;
Golpes y voces que llaman
Ansiosas al Cura Hidalgo
Se hace luz en las estancias,
Se pasean los caballos,
Entran Allende y Aldama
Del Cura en el pobre cuarto,
Y sin muchas precauciones,
Ni más rodeos, ni preámbulos,
Dicen: "Estamos vendidos:
"¿Qué resolución tomamos?"
Oye la nueva tranquilo
Con calma y sosiego Hidalgo,
Mientras se ajusta las medias,
Y ordena que venga un criado

Para que den chocolate
 A sus valientes aliados
 Manda llamar los serenos
 Y á su hermano don Mariano.
 Se encendieron unas teas
 Que agitaban unos cuantos:
 Las boruquientas campanas
 Despiertan al vecindario;
 Acuden al llamamiento
 Gentes á pié y á caballo,
 Y en una de las ventanas
 De aquel inmortal Curato,
 Erguido, grande, sublime,
 Asoma su busto Hidalgo.
 Grita: "¡Muera el mal gobierno!"
 Alza llama el entusiasmo,
 Y el pueblo se siente libre,
 Y en el polvo sus tiranos
 QUINCE inmortal de SETIEMBRE
 De OCHOCIENTOS DIEZ, los fastos
 Escribieron, y esa fecha
 Pasan sin tocar los años.

ROMANCE DE DOLORES.

¿No habeis mirado las aguas
 Del monte precipitarse
 Entre las peñas, hirvientes
 En las quebras escrespándose,
 Y difundirse bramando
 En turbulentos raudales,
 Hasta en la oscura barranca
 Fiero torrente tornarse?
 ¿No habeis mirado la lava
 Correr de abiertos volcanes,
 Rodar con ímpetu ardiente
 Los peñascos y los árboles
 El incendio propagando,
 De espanto llenando el aire,
 Haciendo temblar los montes
 Y gemir los animales;

Como humillados los cielos
Y anonadados los mares?

Así se despierta el pueblo,
Así acude en aquel trance,
Así al rededor de Hidalgo
Aulla, se estrecha, levántase,
Terrible, medio desnudo,
Incontenible, salvaje
Él no sabe lo que quiere,
Pero lo que siente sabe;
Sabe que no será esclavo,
Sabe que Hidalgo es su padre,
Y siente que siendo libre
Será fuerte, y noble, y grande.
Pero á tanto bien se llega
Siempre entre mares de sangre;
No hay redencion sin suplicio,
Ni háyla sin acerbo cáliz.
Siempre los que el mal sembraron
Recogieron tempestades,
Y una voz dice inflexible:
"Quien tal hizo, que tal pague"
Así en confusion horrible
Hierven las gentes cual mares;
Ancianos, mujeres, niños,
Ginetes que sobresalen
Entre lanzas, chuzos, hondas,
Y carabinas y sables.

"¡Que mueran los gachupines!"
Grita rugiendo el coraje,
Y se aprehenden españoles,
Y abren sus antros las cárceles
Cabalga el subdelegado
Preso; con escolta traen,
Sin respeto á su corona,
Al sacristan, que era un padre
A quien el señor Vicario,
Honra de los liberales,
Quiere poner en seguro
Para que á Hidalgo no dañe.

Donde hay peligro, está Allende;
Aldama, multiplicándose,
En órden pone las chusmas
Con Abasolo delante,
Que era un apuesto mancebo,
Valiente, diestro, indomable,
Muy mirado con los pobres
Y muy grande entre los grandes.

Hidalgo tranquilo ordena,
Manda, contiene, persuade;
"A San Miguel," grita el pueblo,
"A San Miguel;" y en instantes,
Entre repiques y truenos
Está en marcha la falange,
Y más que falange, pueblo
En conjunto, desbandándose

En tropel, abandonando
 Sus campos y sus hogares,
 Y así siguieron á Hidalgo
 En Atotonilco el Grande.

La prevision del caudillo
 Se apodera de la Imágen
 Sagrada que en Guadalupe
 Hízose erigir altares.

Y "Este es, ¡oh pueblo!—le dice,—

"Este será tu estandarte;

"Ella es amparo del indio,

"Ella es del indio la madre.

"Ella hasta México mismo

"Nos conducirá triunfantes."

A las palabras de Hidalgo
 Como que los cielos se abren;

"¡Que viva la Santa Vírgen!"

Repiten montes y valles;

Y porque lo quiso el hado,

O el programa se acabale,

O bien porque el fanatismo

Con la pasion se acompañe,

"¡Y mueran los gachupines!"

Vibran terribles los aires;

Y ese fué el grito de guerra,

Y de gloria y de desastre.

ROMANCE PRIMERO DE SAN MIGUEL EL GRANDE.

Parece que están colgando,
 Sobrepuestas en pared,
 A la falda de los cerros
 Las calles de San Miguel:
 Desde las grandes alturas
 Las azoteas se ven,
 Y las plazas y arboledas
 Se bullen á nuestros piés.
 Es lindo el pueblo, muy lindo,
 Y verde como un Eden:
 Cada ventana descubre
 En los patios un verjel.
 Hay sus balcones rumbosos,
 Hay sus casas de gran tren,
 De opulentos hacendados,
 Y templos como á granel,

Que son decoro del clero
 Y alcázares de la fe.
 En comercio y en riqueza
 Nada quedaba que ver
 En el año que me ocupa
 De mil ochocientos diez.
 A San Miguel marcha Hidalgo
 Con su numerosa grey,
 Que se engrosa y robustece
 Y acrecienta su poder.
 Todo respira contento,
 Arde y trasciende el placer;
 El pueblo llora de gozo,
 Aunque sin saber por qué.
 Y es que, aunque marcha á la muerte,
 El pueblo ya es "pueblo rey."
 Que hagan cálculos los sabios;
 El que da su sangre es él;
 Y si la da por su gusto,
 Siempre la da con placer
 Así tronando en los vientos
 Su anuncio grande se ve,
 Como torrente impetuoso
 Invadiendo San Miguel.
 Las campanas se hacen rajas
 Dando al pueblo el parabien;
 Las músicas festejosas
 Resonaban por doquier.

Hormiguean los terrados,
 Las azoteas tambien,
 De gente entre banderolas
 Y lienzos, que en el tropel
 La imágen de Guadalupe
 Flotando dejaban ver.
 Pero ¿quién pintar pudiera
 Del júbilo la embriaguez?
 Eso, segun sus alcances,
 Se lo pinta cada quien.
 Primero van los caudillos
 Que ya todos conoceis;
 Hidalgo, Aldama y Allende;
 Abasolo va despues;
 Se siguen los caporales
 Y gente de más valer,
 En arrogantes caballos,
 Algunos de rico arnés;
 Ancho sombrero el ginete,
 Cuera de curtida piel,
 Con agujetas de plata
 Y bordado su revés;
 Rica bota *de campana*,
 Y grande espuela en el pié,
 Tal van unos; pero muchos
 Entran en la lid tambien
 En malhadados rocines
 Delgados como el papel,

El cabello dado al viento,
 Y casi en la desnudez.
 En pos va la infantería,
 Que de labradores es,
 Cada grupo con sus viejos,
 Sus caciques y su juez.
 Los dragones de la Reina,
 Que de guapos dan la ley,
 Con el pueblo se confunden,
 Que el pueblo les vió nacer.
 Y todos como cercados
 De inmensas olas se ven,
 Que forma el pueblo ferviente
 Sin poderse contener.
 Entre miles de banderas
 Se miran resplandecer
 Las lanzas y carabinas,
 Y un bosque forma el tropel
 De ramas, picas y palos
 En impetuoso vaiven. . . .
 Mas ya llegan á la plaza,
 Ya estamos en San Miguel.

ROMANCE SEGUNDO DE SAN MIGUEL EL GRANDE.

Se aloja Hidalgo, llegando,
 En la casa de Landefa;
 Manda que aprehendan á Isasi
 Y á la vez que á Barrio aprehendan,
 Y las tropas en las calles
 A sus solaces se entregan.
 Dicen que Hidalgo imprudente
 El desórden nó refrena,
 Y otros dicen que con órden
 No se forman las revueltas.
 Los unos quieren las luchas,
 Pero con compás y regla;
 Otros, recias tempestades
 Piensan que se reglamentan,
 Y silbar sabemos todos,
 Y á un toro pocos se arriesgan.

Dicen que Hidalgo, en el colmo
 De la pasión que le incendia,
 Al pueblo desde la altura
 Arrojaba las talegas;
 "Mas, pues que Alamán lo afirma,
 Le darémos cuarentena."
 Baile, músicas, holgorio,
 Y entusiasmo puro y fiesta
 Era todo. En el futuro
 Puede venir lo que venga,
 Que en ciertas cosas, el triunfo
 Es tirar la primer piedra.
 Las huestes de los patriotas
 Instante á instante se aumentan;
 Apénas toman descanso,
 Tienen un respiro apénas,
 Cuando á San Miguel dejando,
 Vuelan, costeando la Sierra,
 Y de Celaya orgullosa
 Choca la turba en las puertas.
 Apénas los siente Duro,
 Que el jefe militar era,
 Cuando él y los españoles,
 Flexibles como la seda,
 Recogiendo sus caudales,
 A Guanajuato se alejan.
 Lleva Hidalgo el estandarte
 De su pueblo á la cabeza,

Por la dilatada plaza
 Entusiasta lo pasea,
 Y desde el meson mentado
 Que alto en la plaza descuella,
 En voces tan elocuentes,
 Con expresiones tan tiernas
 A los pueblos felicita
 Por la protección excelsa,
 Que cual lloraron los hombres
 Llorado hubieran las piedras
 Si entendieran lo que dijo
 Y si corazón tuvieran.
 Padre proclaman á Hidalgo,
 Jefe y norte de la empresa,
 Y el Cura, llorando entónces,
 Se abrazó de su bandera.

ROMANCE DE ALARMA.

Como hace volar el viento
Furioso las hojas secas,
Y en diluvios las derrama,
Las revuelve y las dispersa,
Vuelan así las noticias
Y en torrentes van las nuevas
De lo que pasó en Dolores,
De Hidalgo y de sus grandezas.
Y cual los curiosos peces
Corren si una luz observan
En el agua, tal los pueblos
En pos de noticias llegan.
El Virey recibe el parte
De todo, y perplejo queda;
Sosegarlo quiere Aguirre,
Que á la canalla desprecia;

Pero él, sondeando la sima
 Que mira á sus piés abierta,
 Dice: "que vengan mis bravos,"
 Y de sus bravos se cerca.
 A su lado acude brioso
 El Conde de la Cadena,
 Decoro de los valientes,
 Temido y honrado en Puebla.
 Con su Cuerpo valeroso
 Viene don Ramon Ortega;
 Manda que aliste sus huestes
 En el Potosí Calleja;
 Valladolid y Orizaba
 Se ponen en pié de guerra;
 Mas con todo esto, su pecho
 Previsor no se sosiega.
 De la fragata de Atocha
 Manda que la gente venga
 Con don Pedro Celestino
 Negrete, que la gobierna
 Los marinos desalmados
 Tocan audaces en tierra,
 Y aquello fueron bravatas,
 Insultos y desvergüenzas,
 Que enconaban de los criollos
 Las sus heridas abiertas.
 No bien se alistan las armas
 Y para la lid se aprestan,

El Virey llama sesudo
 A los grandes y la Audiencia,
 Y en un salon de Palacio
 Con gran pompa se congregan.
 Bajo dosel los recibe
 Con grave gesto Venegas,
 Y sobre muelles cojines
 Los concurrentes se asientan.
 El Arzobispo Lizana
 Le da á Garibay la diestra;
 Don José de Bustamante,
 Que del mar general era,
 Brusco en su ademan, avisa
 Que asiste como por fuerza,
 Mirando de los oidóres
 La vanidosa etiqueta.
 Todos desden y desprecio
 De lo sucedido afectan,
 Y quieren que á los rebeldes
 Se ajusticie con violencia.
 Mas el infalible instinto
 Se irrita de los *chaquetas*,
 Y como siempre acontece
 Si el peligro no está cerca,
 El suelo brota valientes,
 Los héroes los vientos pueblan,
 Y hay aquello de "vencemos,
 Y apostamos la cabeza."

Entretanto, los tributos
 A los indios se aligeran;
 No hay uno que hable de azotes,
 Ni miente la Tlapisquera.
 Les llama el Virey sus hijos,
 Y hasta Acuña los chiquea,
 Que dicen era un corchete
 De nombre, por su fiereza.
 No consiente estar ociosa
 En aquel trance la Iglesia;
 Llueven las excomuniones;
 Valladolid la primera
 Hereje á Hidalgo declara
 Bajo terrible anatema;
 El Arzobispo Lizana
 Sigue de Queipo las huellas,
 Y el buen Obispo Campillo,
 Que era fiel Pastor de Puebla,
 El coro torna en Congreso,
 Que maldice á la insurgencia;
 Pero para el *Santo Oficio*
 Fué el holgorio, la cosecha:
 Ya ve flotantes sus llamas
 Y con pasto sus hogueras;
 A Hidalgo y todos los suyos
 Con honda furia condena,
 Y prepara sus estatuas
 Para ensayarse con ellas,

Mientras á los originales
 Los descoyuntan y tuestan;
 Y aquellos fueron latines,
 Y aquellas fueron arengas.
 El Colegio de Abogados
 De Aldama Ignacio se venga,
 Y lo expulsa de su seno
 Para procurar su mengua.
 Hasta el gran doctor Montaña
 Agitó entónces su péñola;
 Pero se creyeron burlas
 Lo que él escribió de veras.
 Los copleros palaciegos
 Chillaban como cornejas,
 Esperanzas y bravatas
 Soltando á diestra y siniestra
 En tanto, en solemne marcha
 La tropa corre á la guerra,
 Y la ciudad silenciosa
 La ve alejar con tristeza.
 Son soldados valerosos,
 De la Corona es la fuerza,
 Vistosos sus uniformes
 Van al frente cuatro piezas,
 Y lleva orgulloso el mando
 Don Ramon Diaz de Ortega.
